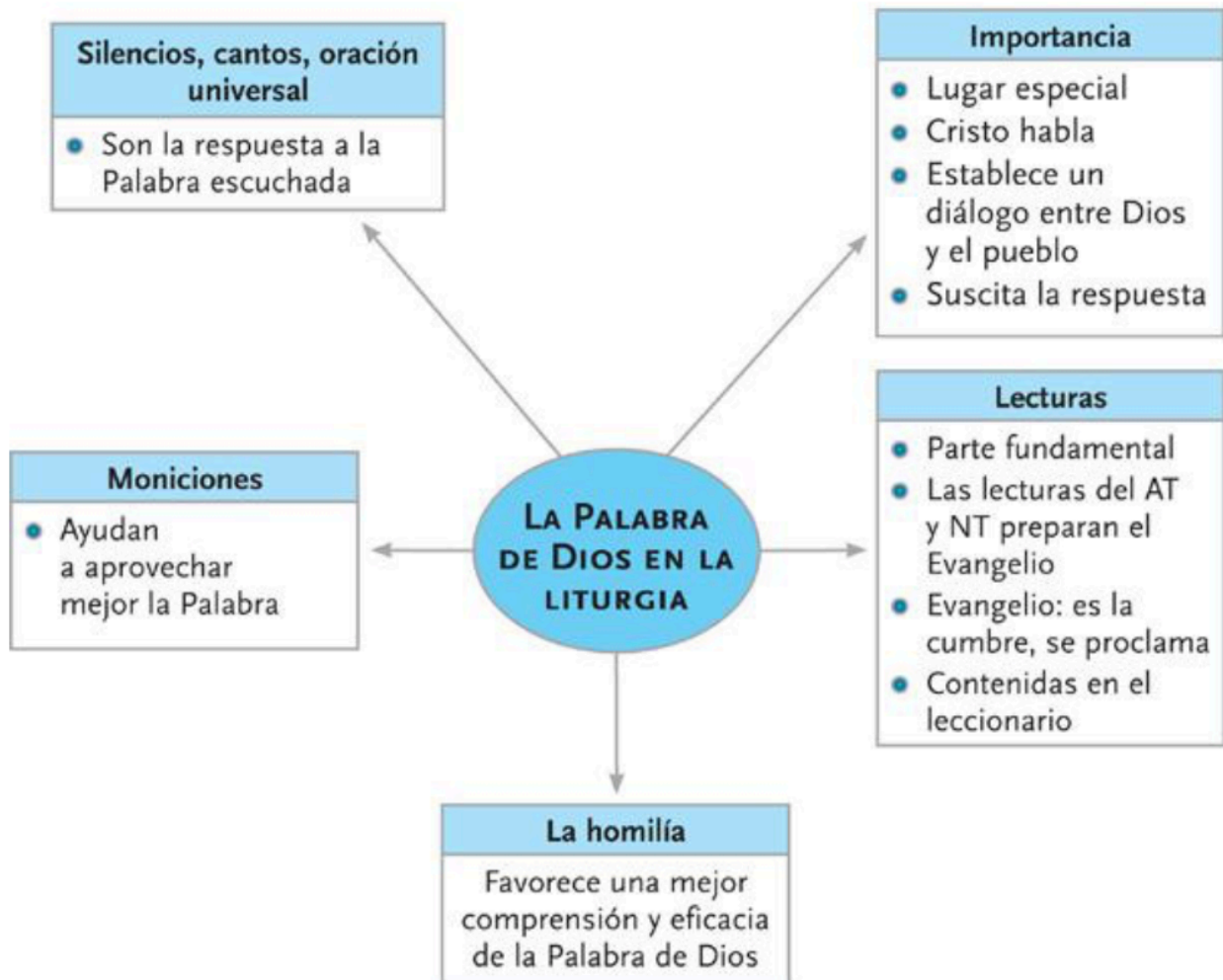


TEMA 5

# LA PALABRA DE DIOS Y EL LECCIONARIO



## **1. Introducción.**

«En la liturgia, Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración» (SC 33). En la liturgia se da una auténtica comunicación. En el presente tema estudiamos la primera parte de esa comunión: «Dios habla a su pueblo». Estudiamos por tanto la Palabra de Dios y su proclamación en la celebración litúrgica.

## **2. La Palabra de Dios.**

«Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la Liturgia de la Palabra. La homilía, la profesión de fe y la oración universal u oración de los fieles la desarrollan y concluyen. En las lecturas, que luego desarrolla la homilía, Dios habla a su pueblo, le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual. Y el mismo Cristo, por su Palabra, se hace presente en medio de los fieles. Esta Palabra divina la hace suya el pueblo con el silencio y los cantos, y muestra su adhesión a ella con la profesión de fe. Y, una vez nutrido con ella, en la oración universal hace súplicas por las necesidades de la Iglesia entera y por la salvación de todo el mundo» (IGMR 55).

En este pasaje de la introducción al Misal se describe lo que significa la celebración de la Palabra de Dios por parte de la comunidad cristiana.

El encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús Resucitado tuvo dos momentos muy expresivos: en el camino les narró las Escrituras, explicándoles su sentido para que entendieran lo que de él decían, y luego comió con ellos. Le reconocieron en la «fracción del pan», pero después comentaban entre ellos: ¿acaso no ardía nuestro corazón cuando hablaba y nos explicaba las Escrituras?

Es un buen símbolo: este doble encuentro con el Señor se repite en nuestras celebraciones sacramentales. Es un binomio que, desde el principio, constituyó el esquema de la celebración para la comunidad cristiana y que ahora ha vuelto a clarificarse y potenciarse. Y no sólo en la Eucaristía. En todos los sacramentos, antes de que la comunidad pase a celebrar sus signos centrales, se pone a la escucha de la Palabra. Y también en la Liturgia de las Horas: junto a la palabra de alabanza o súplica que nosotros dirigimos a Dios, escuchamos con fe la Palabra que él nos dirige.

### **2.1. La importancia de la Palabra**

El Vaticano II promovió decididamente, siguiendo el impulso de los movimientos que le habían precedido - el litúrgico, el bíblico, el ecuménico-, la recuperación de la Palabra de Dios por parte del pueblo cristiano. Son muy expresivos algunos textos de sus documentos:

«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (DV 21).

«En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (DV 21).

«La importancia de la Sagrada Escritura en la celebración de la liturgia es máxima ... De ahí que para procurar la reforma, el desarrollo y la adaptación de la sagrada liturgia, es necesario promover aquel afecto suave y vivo a la Sagrada Escritura del que da testimonio la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales» (SC 24).

Se puede decir que la reforma litúrgica promovida por el Vaticano II se ha notado, de un modo privilegiado, en la riqueza de los nuevos Leccionarios y en la importancia concreta que se ha dado a la primera parte de la celebración sacramental. El 1965 se empezaron a proclamar en nuestras lenguas las lecturas bíblicas. El 1969 aparecieron los nuevos Leccionarios, con una más rica organización de las lecturas, la potenciación del salmo responsorial y la revaloración de la homilía.

Esto no sólo ha influido en la liturgia: la Palabra ha enriquecido la teología, la espiritualidad, la catequesis, las devociones populares, los grupos de oración. Ahora se puede decir que el alimento espiritual para el pueblo de Dios no son los libros devotos, sino la Palabra de Dios, con la que se está llegando a una evidente mayor familiaridad.

## **2.2. La Palabra como acontecimiento siempre nuevo**

La Palabra de Dios es un acontecimiento nuevo cada vez que se proclama, sobre todo en la celebración de la comunidad.

La Palabra pasa del libro a la celebración viva. Como dijo Orígenes, en la celebración «la Escritura se hace Palabra», el libro sagrado se convierte en Palabra viviente de un Dios viviente que se dirige hoy y aquí a su pueblo.

Dios nos habla y nos interpela a nosotros. Estas lecturas no son palabra «acerca de Dios»: son Palabra que el Espíritu recrea continuamente hoy y aquí para nosotros. Es la Palabra de Dios -el *dabar* bíblico- siempre eficaz: «él lo dijo y existió» (Sal 33,9). La Palabra irrumpe en nuestra historia, penetra, fecunda, anima, discierne, provoca, juzga. Lo ha formulado muy bien la *Dei Verbum* conciliar en los pasajes que antes hemos citado: DV 21.

La Biblia describe la fuerza de esta Palabra con expresivas comparaciones: es lámpara para nuestros pasos, luz en nuestros senderos (Salmo 118, 1 05); es alimento, porque no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios (Dt 8,1 ss: Mt 4,4); es espada: «la Palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu» (Hb 4, 12s); es semilla, como la describió Jesús en su parábola del sembrador; es lluvia saludable: «como descienden la lluvia y la nieve y empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, así será mi Palabra, que sale de mi boca, no volverá a mí de vacío» (Is 55, 10s).

La Palabra de Dios se cumple hoy y aquí, como dijo Jesús en la sinagoga después de leer a Isaías (Le 4). El «*in illo tempore*» se convierte en «*hodie*». No sólo nos habló en otro tiempo. Nos habla hoy: «Cuando se leen en la Iglesia las sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su pueblo» (IGMR 29); «en las lecturas, Dios habla a su pueblo y le ofrece alimento espiritual» (IGMR 55).

## **2.3. La presencia real de Cristo en la Palabra: él ES la Palabra.**

La Palabra que nos dirige Dios es Cristo mismo. Una de las convicciones que se han reafirmado más en estos últimos años es la presencia real de Cristo, no sólo en las especies del pan y del vino (y antes ya en la comunidad y en la persona del presidente), sino también en la Palabra.

Lo dijo el Concilio: «Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien habla» (SC 7). El Misal lo repite varias veces en su introducción: «Cristo, presente en su Palabra, anuncia el evangelio» (IGMR 29); «el mismo Cristo, por su Palabra, se hace presente en medio de los fieles» (IGMR 55); «los fieles, con sus aclamaciones (al evangelio), reconocen y profesan la presencia de Cristo que les habla» (IGMR 60).

Cristo no es un maestro que dijo palabras o que encargó que las escribieran. Cristo es la Palabra viviente que Dios nos dirige: «en el principio era la Palabra ... y la Palabra se hizo hombre,» (Jn 1,1); el Apocalipsis, hablando de Cristo, afirma: «Y su nombre es Palabra de Dios» (Ap 19, 13).

#### **2.4. El Espíritu es quien hace viva la Palabra para nosotros.**

Jesús nos prometió que el Espíritu Santo «OS lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 15,25-26) y «OS guiará hasta la verdad completa» (Jn 16, 13). También hoy es el Espíritu quien hace viva la Palabra, como dice el Catecismo: «El Espíritu Santo recuerda a la asamblea litúrgica el sentido del acontecimiento de la salvación dando vida a la Palabra de Dios que es anunciada para ser recibida y vivida» (CEC 1100). «El Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración» (CEC 1101).

Estamos acostumbrados a reconocer el protagonismo del Espíritu en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía: cuando en la primera epiclesis invocamos su venida para que actúe sobre el pan y el vino, y en la segunda, cuando pedimos a Dios que, por su Espíritu, conceda a los que van a comulgar la unidad y la fortaleza. Pero no nos resulta tan espontáneo pensar en el Espíritu cuando pensamos en la proclamación de la Palabra.

El Leccionario (en su edición renovada de 1981) expresa esta convicción: «Para que la Palabra de Dios realice efectivamente en los corazones lo que suena en los oídos, se requiere la acción del Espíritu Santo» (OLM 9; cf. las constantes alusiones al Espíritu en OLM 2. 3. 4. 6. 7. 28. 41. 47).

#### **2.5. La doble mesa: encuentro progresivo con el mismo Cristo.**

En la Eucaristía, Cristo nos invita a una doble mesa: la proclamación de la Palabra y la celebración eucarística. Es una doble comunión la que nos ofrece: se nos da él mismo como Palabra viva y como Pan y Vino eucarísticos: «En la Misa se dispone la mesa, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran formación y alimento» (IGMR 28). Como dijo ya el Concilio: «Los fieles se alimentan con la Palabra de Dios en la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía» (PO 18). «La Iglesia se alimenta y vive de la Palabra de Dios y del Pan eucarístico» (AG 6).

Es la dinámica que el evangelio de Juan desarrolla en su capítulo 6. Cristo aparece como el Pan de Vida en el que hay que creer, y como el Pan de Vida que hay que comer: «Yo soy el Pan de la Vida: el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Yo soy el Pan de la Vida: si uno come de este pan, vivirá para siempre».

Es una doble mesa que, en realidad, constituye un encuentro progresivo con el mismo Cristo. Lo afirman expresivamente los «prenotandos» del Leccionario, recogiendo a veces lo dicho por el Concilio y, otras, por el Misal: «La Iglesia honra con una misma veneración, aunque no con el mismo culto, la Palabra de Dios y el misterio eucarístico» (OLM 10). «Para que puedan celebrar de un modo vivo el memorial del Señor, los fieles han de tener la convicción de que hay una sola presencia de Cristo, presencia en la Palabra de Dios ... y presencia, sobre todo, bajo las especies eucarísticas» (OLM 46). «En la misa se les prepara a los fieles la doble mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (OLM 32)

La primera parte de la celebración, la Palabra, no es mera preparación o catequesis. No es que en las lecturas se nos «anuncie» la salvación y en el sacramento se nos «comunique».

En ambos está Cristo comunicándose y el Espíritu animando y la Iglesia celebrando. La Palabra ya es sacramento, y el sacramento sigue siendo Palabra. En los dos, cada uno con su lenguaje propio y con su eficacia específica, se nos manifiesta y comunica la vida del mismo Cristo.

## **2.6. Celebramos la Palabra y la intentamos vivir**

Celebrar la Palabra es algo más que escuchar, o aprender o estudiar: es atender, escuchar cúlticamente la Palabra de Dios, dejarle entrar en nuestras vidas, convertir la escucha en alabanza y súplica.

Lo que se celebra no son las ideas, sino los acontecimientos. Aquí el acontecimiento es que Dios nos habla y nos comunica su salvación. Probablemente ya conocemos el contenido de las lecturas. La parábola del hijo pródigo ya sabemos cómo acaba. Y, sin embargo, su lectura tiene fuerza salvadora para la asamblea de los creyentes. Precisamente porque ya conocemos y hemos aceptado la Palabra de Dios, es por lo que nos hemos reunido a celebrarla. Las bienaventuranzas no son precisamente una noticia periodística: hace veinte siglos que son leídas y acogidas por los creyentes de todo el mundo. Pero para nosotros son gracia y mensaje siempre nuevo de Cristo, como lo han sido para tantos millones de hermanos nuestros que han hecho de esa palabra la razón de ser de sus vidas: bienaventurados los pobres...

«Celebrar» la Palabra significa también acogerla. No sólo la oímos, sino que la escuchamos y la obedecemos. El verbo latino «audire» se completa con el «Ob-audire», obedecer. Esa es la respuesta de los creyentes a la Palabra que Dios les dirige.

No nos contentamos con escucharla o mirarnos en su espejo. «Poned por obra la palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas. Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ese se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es. En cambio, el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad, y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ese, practicándola, será feliz, (Sant 1 ,21 -25).

En la celebración litúrgica, la proclamación de la Palabra no es objeto de estudio ni de catequesis ni tampoco de exégesis o discusión: es comunicación de una vida y nos invita a conformar nuestra existencia al plan salvador de Dios, de modo que nuestra mentalidad se vaya identificando con la de Cristo, nuestra escala de valores con la suya, nuestra lista de bienaventuranzas con la suya.

La comunidad cristiana primero es «oyente» (*Ecclesia audiens*), acoge la Palabra y se deja evangelizar por ella. Y luego la proclama en sus celebraciones o en su tarea de evangelización y catequesis, a la vez que intenta traducirla en su propio estilo de vida y en su testimonio en medio del mundo.

## **2.7. El esquema de la celebración de la Palabra**

La celebración de la Palabra tiene una línea dinámica propia, que se suele resumir diciendo que es «palabra, canto y oración».

Ante todo, Dios habla a su pueblo en las lecturas. Esta Palabra, al resonar en la comunidad creyente, suscita un eco, una primera respuesta de acogida, que se expresa con un salmo de meditación. Y entonces, el pueblo que ha escuchado la Palabra y ha meditado en ella, aplicándola a su vida con la ayuda de la homilía, eleva su propia palabra a Dios, la «oración de los fieles»,

presentándole las intenciones de la humanidad y de la Iglesia y pidiendo que la salvación que la Palabra ha proclamado se cumpla hoy para todos.

Este esquema pone de relieve claramente el esquema teológico de la salvación: la iniciativa viene siempre de Dios, que nos transmite su Palabra. Esta suscita en nosotros la acogida de la fe y nos mueve a dirigirnos a él con nuestra oración. Y tanto la Palabra de Dios a nosotros (Palabra descendente) como la nuestra a Dios (palabra ascendente) tienen su punto de referencia en nuestro único y sumo Mediador, Cristo Jesús, y movidos por el Espíritu.

En concreto, la celebración sigue este ritmo:

- hay una primera lectura, que a veces es del Antiguo Testamento, sobre todo en la lectura continuada de los días feriales; otras veces, sobre todo en el Tiempo Pascual, es del Nuevo Testamento, las Cartas y los Hechos de los apóstoles;
- le sigue el salmo de meditación, llamado responsorial, porque la comunidad va respondiendo con una antífona o estribillo a las estrofas cantadas o recitadas por el salmista; este salmo ayuda a profundizar en el mensaje que Dios nos ha transmitido en la primera lectura;
- si hay una segunda lectura, es siempre del Nuevo Testamento;
- y, precedido por una aclamación, que normalmente es el canto del Aleluya, se escucha el evangelio como segunda (o tercera) lectura: lectura que ocupa el puesto de honor y cuya proclamación se reserva a los ministros ordenados (diáconos, presbíteros o al mismo obispo) y que la comunidad escucha de pie, concluyendo luego con otra aclamación;
- el presidente de la celebración pronuncia entonces la homilía, en la que ayuda a todos a traducir en nuestras vidas lo que han dicho las lecturas del día;
- la comunidad recita en los días señalados el credo o profesión de fe;
- y concluye la celebración de la Palabra con la «oración de los fieles» o bien «oración universal», en la cual el pueblo cristiano ejercita su sacerdocio bautismal, intercediendo ante Dios por la Iglesia y la humanidad.

La comunidad cristiana aprecia en grado sumo la Palabra de Dios y procura celebrarla y vivirla cada vez mejor.

En la primera parte de las celebraciones sacramentales - y también en las lecturas breves de la Liturgia de las Horas, o en la lectura bíblica del Oficio de Lecturas- los cristianos escuchamos esta Palabra que nos ilumina y alimenta, y nos prepara, por una parte, a celebrar mejor el sacramento y, por otra, a llevar a nuestra existencia el estilo de vida que Dios quiere y que Jesús nos ha enseñado.

Porque «cuando Dios comunica su Palabra, espera siempre una respuesta, respuesta que es audición y adoración en Espíritu y verdad. El Espíritu Santo, en efecto, es quien da eficacia a esta respuesta, para que se traduzca en la vida lo que se escucha en la acción litúrgica, según aquella frase de la Escritura: «llevad a la práctica la Palabra y no os limitéis a escucharla» (OLM 6).

### **3. El leccionario de la Palabra de Dios.**

El concilio Vaticano II ha hecho posible que las comunidades cristianas puedan contar con el más rico Leccionario de la Palabra de Dios de toda la historia de la liturgia. La constitución Sacrosanctum concilium (=SC) determina que «en las celebraciones sagradas debe haber lecturas de la sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiadas» (SC 51, 1). Con estas palabras el concilio pretendía mejorar en cantidad y en calidad la ordenación de lecturas en comparación con

el antiguo sistema romano. Instó, además, «a abrir con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la sagrada Escritura» (SC 51, cf. 24 y 35,1).

### 3.1. Datos de historia

Una característica esencial del culto cristiano es que no se da ninguna acción litúrgica sin que se proclame la palabra de Dios. La liturgia cristiana heredó de la sinagoga la costumbre de proclamar en cada reunión litúrgica algunos pasajes de los libros santos (Le 4, 16-21; Hech 13, 27}, dando a los textos veterotestamentarios un sentido cristológico. El mismo Cristo, camino de Emaús, «fue interpretando todos los pasajes de la Escritura referentes a él», antes de dejarse reconocer en la fracción del pan (Le 24, 13-32). Y, en otro pasaje, indicó a los apóstoles reunidos que se tenía que cumplir todo lo que estaba escrito acerca de él en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos (Le 24, 44).

Las primeras comunidades cristianas no tenían más libro litúrgico que la Biblia, y fue el único durante un tiempo. En las celebraciones se leía de forma continua el texto de un libro bíblico. En la reunión litúrgica siguiente se iniciaba la lectura allí donde se había terminado en la celebración anterior. Esta forma de proclamar la Palabra se denomina lectura continua.

Cuando comenzaron a circular las memorias de los Apóstoles, es decir los evangelios y las cartas, cabe pensar que fueron incorporadas en las acciones litúrgicas. En tiempos de san Justino se leían los recuerdos de los apóstoles o los escritos de los profetas mientras lo permitía el tiempo (cf. Apología primera, 67).

A medida que las primeras comunidades cristianas introdujeron las fiestas del Señor, de los apóstoles y de los mártires, escribieron al margen de los libros bíblicos, usados en la liturgia, unas notas para advertir el inicio y el final de las lecturas e indicaban el día que se tenía que leer dicha perícopa. En una segunda etapa, se copiaron todas estas notas marginales en una lista, según el orden del calendario litúrgico, y se colocó al final libro. Para facilitar su localización se transcribían las primeras y las últimas palabras del texto bíblico correspondiente.

De esta forma, se organizaron o se sistematizaron las lecturas bíblicas en función de un calendario litúrgico. La selección del texto y la asignación a un determinado día se hacían con el fin de que el texto se repitiera todos los años en la misma fecha.

Esta forma de seleccionar las lecturas para un día concreto se llama *lectura selecta*.

En el siglo IV, por las homilias de san Ambrosio (340-397) en el norte de Italia y de san Agustín (354-430) en el norte de Africa, se ha podido reconstruir el Leccionario de su época y sobre todo el de las iglesias regidas por cada uno de estos dos pastores. Aparece ya un ordenamiento fijo de lecturas.

Las listas de perícopas bíblicas con el día y las primeras y últimas palabras de las lecturas se llamaban capitularia. Existen tres clases: *capitularia lectionum*, que contienen las referencias a las lecturas no evangélicas; *capitularia evangelicarum*, que transcriben las notas referentes a los evangelios, y *cotationes epistolarum et evangeliorum*, que incluyen los dos tipos anteriores.

La búsqueda del texto correspondiente en la Escritura no era una tarea fácil. En un tercer momento, se escribe el texto completo de la lectura para un determinado día. De esta forma, desaparecieron las listas y aparecieron en el s. VIII los libros litúrgicos para la proclamación de la palabra de Dios, denominados según las regiones e iglesias: Comes, Apostolus, Epistolario, Leccionario y Evangelionario.

Los Leccionarios se multiplicaron y se confeccionaron según los calendarios propios, teniendo en cuenta el lugar geográfico, la época y la iglesia. Ya en el s. XI, los leccionarios fueron

poco a poco incorporándose en el Misal. El Leccionario de la Misa que teníamos antes de la reforma del Vaticano II contenía la eucología y las lecturas bíblicas. El Misal de S. Pío V tenía cada formulario de misa dos lecturas: la Epístola y el Evangelio. En algunos días muy especiales del Año litúrgico había más de dos lecturas.

### 3.2. Los Leccionarios actuales

Después del concilio Vaticano II, el papa Pablo VI encomendó al «Consilium» llevar a término las decisiones conciliares y realizar la reforma litúrgica. Los trabajos realizados por el *Consilium* se dieron por terminados el día 25 de mayo de 1969 cuando se publicaron el Orden de lecturas de la Misa (=OLM) y la constitución apostólica *Missale Romanum*, del 3 de abril del mismo año, en la que el papa Pablo VI los aprobaba. De esta forma el Leccionario recuperaba su propia identidad en cuanto libro litúrgico. Nunca la Iglesia había dispuesto de un Leccionario más amplio, variado y rico de la Palabra de Dios como ahora. Ha supuesto una autentica revolución y evolución y una de las renovaciones más notables llevadas a cabo por la reforma litúrgica.

La OLM no es propiamente un Leccionario, sino el elenco completo de las citas bíblicas de todas las lecturas y de salmos responsoriales. Cada lectura tiene el subtítulo y al final del libro se encuentran los índices correspondientes. Se publicó el Leccionario completo en tres volúmenes entre 1970-1971 en su edición típica latina. En 1981 apareció la segunda edición típica latina del OLM con algunas novedades en relación a la edición anterior.

Se confió la tarea de la reorganización de las lecturas de la misa al *Coetus* 11 del *Consilium*. Su misión consistía en volver a valorar en la liturgia la Palabra de Dios, que, sin duda, la Iglesia católica había descuidado en los últimos siglos. Se establecieron las líneas de fuerza en las que se debía fundamentar la reforma del Leccionario. Los principios pueden reducirse a los siguientes:

1. La liturgia sigue fielmente el mismo sistema que usó Jesús en la lectura e interpretación de las Escrituras, como lo demuestra la presencia y las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret. El mismo Jesús exhorta a profundizar las Escrituras partiendo del hoy de su acontecimiento personal.
2. La Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo, cuando en la celebración litúrgica se proclama el AT y el NT. Cristo es el centro y la plenitud de toda la Escritura y su pascua es el punto unificador.
3. Cristo está presente en la proclamación de la Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien habla (SC 7). El Vaticano II, al hablar de la palabra de Dios, dice que «la iglesia ha venerado siempre las sagradas Escrituras igual que el mismo cuerpo del Señor» (DV 21) tomando de la mesa y distribuyendo a los fieles «la Palabra de Dios» y «el Cuerpo de Cristo, sobre todo en la liturgia» (*ibíd.*).
4. El Año litúrgico fue considerado como el marco necesario, pedagógico e ideal para presentar a los fieles de una forma organizada el anuncio de la salvación. El criterio fundamental fue el misterio de Cristo y la historia de la salvación.
5. Cuando Dios comunica su palabra, espera siempre respuesta. Durante siglos, en la celebración eucarística la asamblea no ha escuchado la Palabra de Dios, ni la ha meditado, ni ha respondido a Dios. El coetus tuvo presente esta realidad y quiso pasar página de esta historia y procuró por todos
6. los medios que la asamblea prestara atención a la proclamación de la Palabra y respondiera. El Espíritu Santo es el que da eficacia a la escucha y a la respuesta, según aquella frase de la Escritura: «Llevad a la práctica la palabra y no os limitéis a



escucharla» (Sant 1, 22). La respuesta es audición y adoración en el Espíritu y la verdad (Jn 4, 23).

7. El sistema romano de lectura hasta entonces vigente tenía algunas lagunas o fallos notables que era necesario superar en el nuevo orden, por ejemplo: el AT estaba muy poco representado y los libros de los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis apenas eran leídos. Por otro lado, era necesario consolidar y potenciar las lecturas de algunos libros o pericopas, por ejemplo: el evangelio de san Juan, que se leía desde la mitad de la Cuaresma hasta Pentecostés, y determinados pasajes bíblicos que siempre se han proclamado en determinadas solemnidades y fiestas. También era conveniente recuperar una serie de lecturas que fueron desaparecieron de los Leccionarios y que tuvieron gran importancia en la época patristica, como los evangelios de los escrutinios catecumenales de los domingos 111, IV y V de Cuaresma (la samaritana, el ciego, la resurrección de Lázaro).
8. Cristo es el centro de las Escrituras, a las que da unidad y sentido. De ahí, la necesidad de proclamar por orden y de modo gradual, en el curso del año (cf. SC 1 02), todos los hechos y palabras del evangelio y de restaurar en torno a estos hechos y palabras, las lecturas restantes.

El Concilio, además de tener presente en el trabajo de reforma los principios mencionados, estableció lo siguiente:

1. La introducción del sistema de una triple lectura para los domingos y solemnidades, siendo la primera profética, la segunda apostólica y la tercera evangélica, con sus excepciones.
2. Para los domingos se determinó un sistema de lectura en tres años o ciclos.
3. Consideró necesario conservar la costumbre inmemorial de designar algunos libros de la Escritura a determinados tiempos litúrgicos.
4. Estableció la restauración del salmo responsorial que se había perdido en la historia.
5. Recuperó el ambón, el lugar propio de la Palabra de Dios desaparecido hacia siglos.
6. Obligó que todos los domingos y solemnidades se hiciera la homilía y la dejó potestativa para los demás días.

El actual Orden de lecturas de la Misa es considerado el mejor de los sistemas precedentes por su riqueza bíblica y por su estructura interna, aunque puede ser mejorado en algunos aspectos.

El OLM habla de la selección y extensión de las lecturas, la omisión de algunos versículos, de la facultad de elección de las lecturas, número de lecturas, forma larga o breve de la lectura, qué lecturas se deben escoger en las celebraciones de los santos, rituales, votivas, etc.. Dedicó un capítulo a describir el orden de lecturas de cada tiempo litúrgico, aspecto fundamental para la catequesis litúrgica y para la homilía, y, por último, da normas y sugerencias para las adaptaciones y traducciones a las lenguas modernas.

### **3.3. Estructura del Leccionario**

El leccionario consta de una doble estructura fundamental: una para los domingos y solemnidades y otra para los días entre semana y fiestas.

El Leccionario de la misa, en su edición oficial española, que se comenzó a publicar en 1969 con el ciclo B. En la nueva traducción de la Biblia oficial de la Conferencia Episcopal Española, consta de los siguientes volúmenes:

- I (A) – (antes I A): domingos y fiestas del Señor año A
- I (B) – (antes II B): domingos y fiestas del Señor año B
- I (C) – (antes III C): domingos y fiestas del Señor año C
- II – (antes VII): ferias de Adviento, Navidad, Cuaresma y Tiempo pascual
- III (par) – (antes IV): ferias del Tiempo ordinario de los años pares
- III (impar) – (antes IV): ferias del Tiempo ordinario de los años impares
- IV – (antes V): Propio de los santos y Misas comunes
- V – (antes VIII): Misas rituales y Misas de difuntos
- VI – (antes VI): Misas por diversas necesidades y Misas votivas
- VII – (antes IX): Misas con niños

### **3.3.1. El Leccionario de los domingos y de las fiestas del Señor**

El Leccionario dominical y festivo se caracteriza por las siguientes notas:

1. Se han escogido para este leccionario los textos más relevantes de la historia de la salvación, con el fin que los fieles en el conjunto de tres años escuchen y mediten los hechos salvíficos fundamentales.
2. En liturgia de la Palabra se proclaman tres lecturas. La primera es del AT, menos en el tiempo pascual que se lee el libro de los Hechos de los Apóstoles; la segunda es del Apóstol, es decir: las epístolas o el Apocalipsis, según los tiempos del Año litúrgico; la tercera es del Evangelio que constituye el punto culminante de la palabra de Dios. Con esta distribución se pone de relieve la unidad de ambos Testamentos y de la historia de la salvación, cuyo centro es Cristo, muerto y resucitado.
3. El Leccionario está estructurado en tres ciclos denominados: A. B. y C. En cada uno de ellos se leen los evangelios sinópticos, distribuidos de la siguiente forma: en el A se lee el evangelio de Mateo, en el B, el de san Marcos, y en el C el evangelio lucano. San Juan se reserva parte para el tiempo de Cuaresma y Pascua, según la tradición, y completa a Marcos en el ciclo B. La estructura de un triple ciclo ofrece una lectura más variada y abundante de la Escritura, como deseaba el Vaticano II.
4. Los principios que regulan la Ordenación de las lecturas para los domingos y solemnidades son los llamados de «Composición armónica» o de «lectura semicontinua». Se emplea uno u otro según los diversos tiempos del año y según sus características. Se entiende por «Composición armónica» cuando la primera y la tercera lectura se relacionan por motivos de enseñanza o de hechos. En cambio, la «lectura semicontinua» cuando de domingo a domingo se proclaman algunas perícopas de un mismo libro de la Escritura. En las solemnidades se emplea generalmente el método selectivo o temático. Se leen lecturas escogidas o apropiadas al día o al misterio que se celebra. La forma selectiva, proveniente de la tradición, ayuda a profundizar en un determinado misterio que se celebra en un día concreto del Calendario litúrgico.

### **3.3.2. El Leccionario ferial**

Una de las grandes novedades que ofrece la reforma litúrgica del Vaticano II consiste en dotar de lecturas a las ferias de todas las semanas del año. Cada misa tiene dos lecturas, la primera del AT o del Apóstol (= epístolas o Apocalipsis), y en el tiempo pascual se lee el libro de los Hechos de los Apóstoles; la segunda siempre es del Evangelio.

En el Leccionario ferial de los tiempos de Adviento, Cuaresma y Pascua las lecturas se repiten todos los años y presentan características propias de cada uno de estos tiempos.

En cambio, en el Tiempo Ordinario, las lecturas evangélicas se distribuyen en un solo ciclo que se repite cada año; sin embargo, la primera se distribuye en un doble ciclo que se lee en años alternos. El año primero se emplea en los años impares, el segundo, en los años pares. El principio de la composición armónica se usa solamente en Adviento, Cuaresma y Pascua; no así en el Tiempo Ordinario, en el cual prevalece el principio de la «lectura continua o semicontinua».

### **3.3.3. El Leccionario de los Santos.**

El leccionario está dividido en una doble serie de lecturas: la del Propio de santos y la del Común de santos. El Propio de santos está distribuido por meses, según el Calendario litúrgico. Contiene las lecturas propias, más o menos adecuadas para la celebración de cada uno de los santos. Las solemnidades tienen tres lecturas; en cambio, las fiestas a veces tienen tres o dos, según los casos y las memorias solamente dos. En la mayoría de los santos se indican solamente las citas para que se busquen en el Común.

El Común de santos es la otra serie. Se proponen los textos más propios para las diversas categorías de santos (mártires, pastores, vírgenes, etc). Cada categoría de santos tiene un número notable de lecturas, para que se puedan elegir las más conformes al carisma del santo, a las necesidades de la asamblea y a las circunstancias ambientales. Las lecturas de cada categoría de santos se agrupan primero por el AT, luego, el NT y a continuación los salmos responsoriales y, por último, los evangelios.

### **3.3.4 Los restantes Leccionarios**

Los restantes Leccionarios tienen también su importancia. Las lecturas para las misas rituales, por diversas necesidades, votivas y de difuntos se agrupan de modo análogo al del Común de santos. Las lecturas han sido seleccionadas para cada uno de los grupos con criterios específicos. Las lecturas de las Misas rituales, además del leccionario propio, también se encuentran en los respectivos rituales de los sacramentos.

### **3.3.5. Evangeliario**

Entre los libros para la proclamación de la Palabra de Dios merece especial mención el Evangeliario. Ha sido siempre venerado de un modo especial según la tradición de la Iglesia.

Antes de ser proclamado el evangelio en la celebración litúrgica, precede una procesión en la que el libro es honrado como signo de la presencia de Cristo y es acompañado con luces y perfumado con incienso. Además, ha sido encuadernado con esmero. Desde los primeros tiempos se ha adornado y se ha decorado con esmero por ser signo de Cristo. Los códices se escribían con caracteres unciales de oro y plata sobre finísimos pergaminos, eran encuadernados lujosamente y guardados en cajas preciosas. Desde finales del s. V, el Evangeliario es colocado sobre el altar junto a la eucaristía, y la asamblea permanece de pie mientras es proclamado solemnemente.

### **3.3.6. El salmo responsaría/**

El Vaticano II propuso restablecer algunos elementos que habían desaparecido con el tiempo. Uno de los ritos restablecidos por la reforma litúrgica es el salmo responsorial. Su recuperación es fruto del aprecio y revalorización de la presencia de la Palabra de Dios en la liturgia

y de la misma estructura dinámica de la celebración. Recuperado el salmo, ha hecho posible la reaparición de la figura del salmista. El OLM, cuando habla del salmo responsorial, indica su naturaleza y su función dentro de la liturgia de la Palabra, y la conveniencia de que sea cantado; además, insiste en la catequesis sobre los salmos.

### **3.4. Conclusión.**

En la liturgia, la Biblia se convierte en Leccionario. Los Leccionarios son libros-signos de la presencia de Dios. Por su Hijo, que es la Palabra, continúa hablando en el *hoy* al pueblo cristiano. Los Leccionarios ofrecen a la asamblea litúrgica un programa de lecturas que les ayuda a conocer y profundizar en el misterio de la historia de la salvación, centrada en las palabras y obras de Jesús. Nunca la pastoral debe olvidar que la liturgia de la Palabra es una formación bíblica y permanente.